

El regreso de la eterna Rusia al orden internacional, de Pablo Telman Sánchez Ramírez

Ileana Cid Capetillo *

En la última década del siglo xx y en los albores del xxi, hablar de los temas relevantes del acontecer internacional implicaba adoptar una visión unipolar, al reconocer que después del fin de la Guerra Fría Estados Unidos se erigía como la única potencia con una capacidad político-militar del más alto nivel, lo que lo aislaba de competencias incómodas que cuestionaran su liderazgo. Al término de su administración, Bill Clinton dejó al país con una economía relativamente sana, cuyos índices relegaban la vieja preocupación planteada por Paul Kennedy respecto a la “caída de la gran potencia”, y se demostraba que los cimientos sobre los que se basaba su poderío eran más sólidos que una década atrás. En contrapartida, Rusia estaba inmersa en una situación muy comprometedoras después de los desaciertos del gobierno de Boris Yeltsin durante la primera etapa postsoviética. En ese contexto, las posibilidades de participar en términos de una relación de política equilibrada de poder le estaban prácticamente vetadas y se le abría paso al proyecto europeo, que iniciaba su expansión y consolidación cooperando de manera cercana con Estados Unidos.

Se pensaba en consolidar un mundo en el que privara la libre competencia y fuera posible ampliar la riqueza, basándose en un mercado desde el cual se dictaran líneas de acción en las que predominaba una visión económica, más allá de consideraciones de tipo político. Atrás quedaba la carrera armamentista, los desarrollos tecnológicos de carácter bélico y la prevalencia de los complejos militares, elementos presentes prácticamente durante toda la segunda mitad del siglo xx. Muy pocos observadores y analistas advirtieron que las acciones de desarrollo industrial, ligadas a la revolución tecnológica, hacían posible la reconversión para usos militares. La insistencia de quienes asegurábamos que

* Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Cuenta con estudios de Maestría en Relaciones Internacionales por la misma institución y con estudios de Doctorado en Relaciones Internacionales, Unión Europea y Globalización en la Universidad Complutense de Madrid. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

las relaciones internacionales conservaban en su esencia la dicotomía paz-guerra, en la que prevalecía la lucha por el poder, nos ganó el señalamiento de preservadores de una visión clásica, tradicional, ya superada.

A lo largo de esta primera década del siglo XXI se han suscitado grandes cambios que plantean una sociedad internacional con intensidad, acciones y cambios tales que dificultan el seguimiento meticuloso de su acontecer y, más aún, el análisis sereno de las nuevas condiciones de las relaciones internacionales.

En este contexto nos llega el libro de Pablo Telman Sánchez Ramírez, que nos ayuda a entender las interrelaciones de poder que se están gestando en esta primera década del siglo, y en la que lo más destacable es el retorno de Rusia al juego internacional. La ecuación Rusia-mundo se ha recompuesto en un periodo muy breve, en el que ha intervenido una complicada y enorme suma de elementos, a saber:

- a) de carácter interno (“doméstico”, diría la academia estadounidense);
- b) regional, de su contorno más inmediato creado a raíz de la desintegración del bloque socialista;
- c) de su ubicación geopolítica entre Europa y Asia, áreas que han vivido sus propias experiencias de cambio; y
- d) de su afán por que le sean reconocidas sus intereses y capacidades en otras zonas del mundo (Asia y América Latina).

Lo anterior se vincula con cuestiones tan particulares como la personalidad del líder, su determinación para ser consecuente con sus objetivos, su mensaje y la manera en que es recibido por sus bases, el público internacional y los dirigentes políticos de sus contrapartes más notables; pero, por encima de todo, su proyecto en cuanto a la nación que quiere construir y volver a convertir en un actor de primer orden en el mundo, reconocido como un interlocutor al cual no se le puede relegar de las decisiones internacionales, sin necesidad de recurrir al veto que puede ejercer en el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas.

No cabe duda de que el estudio que nos ofrece Sánchez Ramírez permite conocer los aspectos más complejos que en ocasiones pasamos por alto al revisar el continuo acontecer de la política internacional. Nos brinda información no accesible para el lego y la sistematiza con la visión que le brinda su experiencia personal y el conocimiento directo de la vida, la geografía y el idioma de este enorme país que, desde nuestras latitudes, parece tan lejano y complicado.

A lo largo de su análisis queda claro que la comprensión del escenario ruso de los primeros 10 años de este siglo tiene como elemento central la

personalidad de Vladimir Vladimirovich Putin, quien es el actor central de la historia de este enorme país euroasiático y el hacedor de las acciones más decididas para hilvanar el devenir de la política, la economía, la transición del poder y de la construcción de cimientos sólidos para la mejora de las condiciones de vida de la población, lo que le atrae un alto porcentaje de aceptación social, reflejado en el transcurso de las contiendas electorales que ha enfrentado.

Debe reconocerse que, a pesar de los resquemores que se muestran en Occidente respecto a su figura chovinista, prepotente, que llega a desplantes publicitarios machistas –con los cuales parece sentirse muy cómodo–, Pablo Telman Sánchez Ramírez nos presenta a Putin como un líder que recibió un país que, después de haber sido la segunda potencia mundial, se encontraba “al borde de una guerra civil y de una severa crisis económica y social”¹ y en las peores condiciones que había conocido en su historia, tanto en el orden interno como respecto al lugar que se le otorgaba en el entramado internacional.

A lo largo del libro se explica a detalle la manera en que Putin llegó al poder, rehizo la correlación de fuerzas entre los grupos políticos predominantes, actuó decididamente en la marginación de quienes atentaban en contra de lo que consideraba los intereses superiores de la nación, al mismo tiempo que la manera en que se apoyó en un grupo fuerte –conocido como los *siloviki*–, que le garantizó el sustento necesario para avanzar en sus objetivos.

En sus dos periodos de gobierno son evidentes los avances que Putin impulsó en Rusia. El autor da cuenta de los datos que demuestran las mejorías económicas y sociales introducidas, la manera en que fueron recibidas por la sociedad y la voluntad de garantizar la continuidad del proyecto, para lo cual construyó la trayectoria de Dmitry Anatolevich Medvédev, quien comparte en muchos sentidos la vocación de su maestro. Así, de cara a las elecciones de 2008, se hizo:

una redistribución de los papeles dentro del mismo equipo, un reacomodo de actores con las mismas reglas del juego. La conversión de V. Putin en Primer Ministro (fue) la única forma en que podía mantener el poder y continuar con la implementación de sus ambiciosos planes y proyectos. Medvédev se convierte en el presidente más joven e inexperto de la historia de Rusia desde el año 1896, cuando ascendió al trono el Zar Nicolás II con sólo 28 años de edad (...).²

¹ Pablo Telman Sánchez Ramírez, *El regreso de la eterna Rusia al orden internacional*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey/Montiel & Soriano Editores, México, 2009, p. 26.

² *Ibidem*, p. 34.

Desde que inició el mandato de Medvédev en 2008, después de unas elecciones incuestionadas que fueron vistas como un *referéndum* que ratificó el apoyo mayoritario a las políticas impulsadas por Putin durante los ocho años anteriores, se especuló sobre las intenciones reales del juego y las posibilidades de que el joven mandatario fuera objeto de la manipulación de su predecesor, convertido en primer ministro.

De la lectura del libro de Sánchez Ramírez se desprende que la mancuerna que han armado los dos principales líderes rusos ha dado buenos resultados, y que entre ellos hay un buen entendimiento que ha aislado la posibilidad de confrontación.

Después de los dos primeros capítulos del estudio, en donde se proporcionan los datos principales para entender la política del país en el contexto de la ascensión al poder de Medvédev, el análisis se vuelca a los temas más delicados de la política exterior, en un contexto por demás complicado, pero ya contando Rusia con elementos propios que hace valer para no dejar duda de sus capacidades y peso en la escena internacional.

Así, se aprecian los escenarios, los actores estatales con los que esta nación debe interactuar, los temas más acuciantes de su agenda, el choque de intereses con otras potencias, las estrategias que se han implementado, apoyándose en un hábil uso de sus recursos (principalmente energéticos, pero también militares, como los sectores de punta), y los retos que le plantea su entorno cercano, que se convierte en una casilla del tablero de ajedrez en el que confluye y que disputa con sus principales contrapartes.

La política exterior y la diplomacia de Rusia se despliegan en toda su complejidad, muy a tono con la importancia que le han concedido los gobiernos que la han dirigido desde la época del zarismo, pasando por la etapa soviética, y son ahora retomadas por la dupla Putin-Medvédev. Aunque no se puede hablar de un proceso lineal, Pablo Telman Sánchez Ramírez nos muestra que subsisten líneas centrales en la mentalidad de los tomadores de decisiones del país y que, por ejemplo, guardan rasgos similares a los ya planteados hace dos siglos por Alexander Gorchakov.³

La acción internacional de Rusia se conduce con base en un sustento doctrinal que han hecho explícito sus mandatarios y que ahora tienen expresión en el Nuevo Concepto de Política Exterior, anunciado por Medvédev en julio de 2008, y que se resume en los cinco principios básicos del programa de política exterior (agosto 2008) y relacionado con la Doctrina de Defensa, difundida de manera insuficiente por los medios de comunicación a mediados de febrero de 2010.

³ Canciller del Imperio ruso durante el reinado de Alejandro II.

En el contexto de la etapa postsoviética, la política exterior mantiene actualmente sus líneas tradicionales de orientación que se establecen en la década de los 90, la occidentalista, que en la etapa del Canciller Kozyriev (1992-1995) adoptó una tendencia abiertamente atlantista y más orientada hacia EE.UU. que hacia Europa, la corriente euroasiática, que vino a sustituir a la primera durante la etapa que se mantuvo Y. Primakov al frente de la Cancillería y la antioccidental, que es considerada por muchos como la más radical y que puede tener algunas variaciones.⁴

En estas tendencias está contenida la manera en que se producen las relaciones con cada una de las zonas que representan un interés especial para Rusia, cuya complejidad se complica día a día debido a los entrecruzamientos de la política internacional y la intromisión de otras potencias, que se niegan a concederle a Rusia el trato que le correspondería por su capacidad económica, política y militar y por los vínculos que tiene a nivel mundial.

Uno de los renglones que representan mayor tensión y desencanto para Rusia es el que se refiere a las difíciles relaciones con los países que nacieron de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y del desmembramiento del bloque socialista. La formación de la Comunidad de Estados Independientes era una alternativa para mantener vínculos políticos con los países en que hay una interpenetración étnica, cultural, económica y de manejo de recursos. “El indicio inicial del declive definitivo de la CEI ocurrió desde el año 1998, cuando fue creado el grupo GUUAM –compuesto por Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaiján y Moldova– cuyo objetivo principal fue consolidar un bloque de países postsoviéticos que se mantuvieran fuera de la órbita de Rusia y de los organismos controlados por este país dentro del marco de la CEI”.⁵ Este grupo se convirtió en GUAM con el retiro de Uzbekistán, que tiene un nivel de relaciones con Rusia mucho más aceptable que los demás.

Es precisamente en esta región en donde se le han presentado a Rusia los mayores retos a su política internacional –con la intervención de potencias extranjeras, principalmente Estados Unidos–, pero también las oportunidades de reaccionar ante los embates del extranjero. Las “revoluciones de colores” llevaron a la instauración de regímenes liberales pro occidentales que tenían el propósito de debilitar su zona de influencia más cercana. Pero los procesos cambian cada día y la política da giros inesperados. Así, en el caso de Ucrania, hay una situación que le da la razón a Pablo Telman Sánchez Ramírez en cuanto a la persistencia de las posibilidades de un giro a favor de Rusia. Es de todos conocido que en las elecciones presidenciales del 7 de febrero de 2010,

⁴ Pablo Telman Sánchez Ramírez, *op. cit.*, p. 58.

⁵ *Ibidem*, p. 67.

Víctor Yanukóvich venció a Yulia Timoshenko, quien trató de inconformarse ante el Tribunal Supremo Administrativo, aunque finalmente retiró el recurso de impugnación. Ella era en ese momento primera ministra de su país, cargo cuyo nombramiento depende del Parlamento, razón por la cual podía haber permanecido en él, con lo que se hubiera dado la cohabitación de dos tendencias, enfrentadas por la manera de entender sus relaciones con Rusia (Yanukóvich) o con Occidente (Timoshenko). Precisamente por esto en Occidente no agradaron los resultados electorales. Quien mejor lo expresa es Timothy Garton Ash,⁶ al manifestar que “Ucrania no está perdida todavía” y que Timoshenko debe prepararse durante los próximos cuatro años para revertir el proceso en las elecciones siguientes. Al respecto, Sánchez Ramírez afirma que la Unión Europea (UE) no ha estado a la altura de las necesidades de Ucrania y que debe desarrollar una mejor estrategia a sabiendas de que será “una tarea aburrida, lenta, nada espectacular, pero (que) eso es lo que se le da bien a la UE. Una tortuga sabe hacer lo que sabe. Según dicen, a veces incluso puede ganar a una liebre rusa”.⁷ El mensaje no puede estar más claro.

En la relación con la UE, los temas sobre Ucrania, Georgia y los Balcanes están sumamente caldeados: en el primer país debido a la línea que siguieron los gobiernos de la Revolución Naranja; en los Balcanes por el reconocimiento europeo a la independencia de Kosovo, que Rusia no podía aceptar, pues iba en detrimento de Serbia, su aliada tradicional; y en Georgia por la cuestión de Osetia del Sur y Abjazia.

Éste es sólo un tema de los muchos que están presentes en la relación de Rusia con Europa pero que, con mucho, también involucra a Estados Unidos. Así, está la dependencia energética respecto del petróleo y el gas rusos, el trazado de los gasoductos correspondientes, el precio de los hidrocarburos, el abasto (o desabasto, como ocurrió en enero de 2006) de éstos, entre otros, todo lo cual hace que Rusia tenga la sartén por el mango y que haya sabido utilizar esta cuestión con gran habilidad, a sabiendas de que es su carta más fuerte.

Además, se menciona otro tipo de estrategias por parte de la UE, que en:

el año 2008, (...) propuso nuevas formas de asociación con seis Estados del Este de Europa: Armenia, Azerbaiján, Georgia, Moldavia, Ucrania y Bielarrús, creando en mayo del 2009 la Asociación Oriental con estos estados postsoviéticos, todos miembros hasta el momento de la CEI. Esta política va más allá de la conocida

⁶ Timothy Garton Ash, “Ucrania, la tortuga europea y la liebre rusa” en *El país*, México, 15 de febrero de 2010.

⁷ Pablo Telman Sánchez Ramírez, *op. cit.*, p. 22.

política de vecindad europea con dichos países y aprueba la creación de acuerdos de asociación, los cuales incluyen acuerdos globales de libre comercio con los Estados que lleven a cabo las reformas necesarias.⁸

En la relación con la UE, el autor de la obra reseñada se muestra muy crítico, pero no por ello menos objetivo, y afirma que precisamente la manera errática en que se ha manejado el vínculo con Rusia es la mejor prueba del fracaso de la Política Exterior y de Seguridad Común, dado que no se ha logrado generar consenso para poder hablar con una sola voz. Cada uno de los 27 Estados miembros se maneja de acuerdo a sus intereses particulares, resultando así países con un mejor entendimiento con Rusia y otros más reacios, e incluso beligerantes, frente a la potencia euroasiática.

Por otra parte, está el asunto de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), sobre el cual Pablo Telman Sánchez Ramírez nos da elementos importantes para entender por qué se le considera como “el principal peligro militar” en la Doctrina de Defensa;⁹ por ejemplo, la ampliación de la alianza militar hasta las fronteras de Rusia, el intento de Estados Unidos de emplazar escudos antimisiles e instalar una base de radares en Europa del Este, entre otros.

Ante esta situación, Rusia se está preparando:

A partir del año 2007, el gobierno ruso inició la producción de nuevos y modernos armamentos, principalmente cohetes, aviones, bombarderos y submarinos de guerra y aunque este país no está en condiciones actualmente de desatar un nivel de armamentismo similar al que llevó a cabo en la etapa de la Unión Soviética, si podría llegar a desestabilizar el escenario europeo tomando en cuenta el papel que estaría destinada a desempeñar la OTAN y, sobre todo, la inestabilidad permanente que se mantiene en el espacio postsoviético europeo.¹⁰

Rusia ha dado signos de su disposición a colaborar en la seguridad internacional, pues recientemente le permitió al gobierno de Barack Obama transitar a través de su territorio para abastecer a sus fuerzas militares estacionadas en Afganistán. Y quizá con esa confianza, en la 46ª Conferencia de Seguridad de Munich, en los primeros días de febrero de 2010, el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, hizo un llamado para que el país

⁸ *Ibidem*, p. 93.

⁹ Pilar Bonet, “Rusia ve a la OTAN como el principal peligro militar” en *El país*, edición internacional, 15 de febrero de 2010.

¹⁰ Pablo Telman Sánchez Ramírez, *op. cit.*, p. 73.

euroasiático se implicara en Afganistán y, de paso, también pidió la cooperación de China e India.¹¹

Sin entrar en detalles que deben revisarse directamente en el libro que estamos presentando, parece que la esencia de la explicación de los radicales cambios que se han vivido en Rusia tanto al interior como en la política internacional que ha desplegado en los últimos 10 años (ocho de Putin y dos de Medvédev), está contenida en los primeros cinco capítulos, que además son los más extensos. Pero, como corolario, se analiza la política del Kremlin en la región de Asia Central como “el retorno definitivo a su esfera natural de influencia geopolítica”, y el interés de algunos países latinoamericanos y de sus mandatarios por fortalecer el diálogo y la cooperación, probablemente como una estrategia para contrarrestar la influencia e intromisión de Estados Unidos en los asuntos del subcontinente americano.

No es objetivo de esta reseña abundar en los múltiples y complejos aspectos del conocimiento de Rusia como un actor relevante en la escena internacional, ni tampoco lo es hacer un resumen, lo cual sería imposible dada la cantidad de datos, nombres, fechas y denominaciones geográficas que explican los procesos que ocupan y preocupan a Vladimir Putin y a Dmitry Medvédev. De lo que se trata es de invitar a los estudiosos de la política internacional a que realicen una lectura muy cuidadosa del libro, y que una vez que la concluyan saquen sus propias conclusiones.

Pablo Telman Sánchez Ramírez, *El regreso de la eterna Rusia al orden internacional*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey/Montiel & Soriano Editores, México, 2009, 176 pp.

¹¹ Véase Andrea Rizzi, “La OTAN llama a Rusia a implicarse en Afganistán” en *El país*, edición internacional, 8 de febrero de 2010.